

frente de nosotros á la hora de las comidas de las cuales cuidaban, sin tomar en ellas parte, añadian un rasgo mas de semejanza á aquel recuerdo histórico, que completaba un bardo ó poeta de córte, cantando al compás de su bandolina durante el festin.

La sultana distaba mucho de ser bella, pero vestía ricamente: llevaba un *kalat* de terciopelo negro con bordados de seda, ceñido por la cintura con una banda de crespon carmesí, y en la cabeza un tocado de muselina blanca. Su hija era mas bella, siquiera por su juventud. Un *kalat* de seda amarillo y carmesí le caía hasta las rodillas, y el blanco turbante, tambien de seda, que le cubría la cabeza, dejaba escapar una profusion de cabellos negros en grandes bucles.

En todas las tribus, la funcion de ordeñar las vacas, ovejas y cabras pertenece á las mujeres viejas y jóvenes; ordeñar á las yeguas es oficio reservado á los guerreros. Ya se sabe que entre los arrianos védicos, palabra hija, cuya aplicacion entre nosotros sube tan alto y desciende tan bajo, significa *la que ordeña los ganados*. Entre estos nómadas, las riquezas consisten en innumerables rebaños de carneros, cabras, camellos, vacas y yeguas que cuentan por decenas y centenas de miles y constituyen la dote de las hijas. De todos estos animales el caballo es el mas apreciado ya para el servicio, bien para alimento, pues el kirghis que huíría con repugnancia de una tajada de carne de vaca, se chupa los dedos comiendo carne de caballo. Asi el robo de los ganados y de los caballos sobre todo, es mas bien que las usurpaciones de pastos, una de las causas de esas interminables guerras que turban la tranquilidad de la estepa.

Estas expediciones de pillaje, que llaman ellos *barantas*, se hacen á la hora mas calorosa del dia contra los ganados ó pastos, ó á las altas horas de la noche contra los *aul*, donde los pastores y los perros ya cansados de vigilar, comienzan á descuidarse. Siendo el objeto de los merodeadores el botin mas bien que la lucha, dirigen ordinariamente sus esfuerzos á espantar los ganados y especialmente los caballos, para hacerles salir del *aul*; porque una vez en la estepa los animales, no hay mas que echarlos delante para apoderarse de ellos.

Solo hay verdadera lucha cuando los habitantes del *aul* pueden lanzarse contra los ladrones. Entonces tienen lugar escenas de sangre, cuyo recuerdo va á aumentar las salvajes leyendas del desierto. En un *aul* me contaron que poco antes de mi paso por allí, habian tenido que rechazar una *baranta* y que habiendo caído en la puerta de la *yuria* uno de los invasores, la mujer del jefe reconoció en él á su hijo que poco antes habia desertado del hogar paterno.

Los odios y venganzas suscitadas por acontecimientos de este género, suelen aplazarse, sino extinguirse cuando mueren los jefes de las tribus, á cuyo entierro

acuden amigos y enemigos. Esta impresion me ha quedado de los funerales de Darma-Syrym de que fui mas tarde testigo no lejos de Noor-Zaizan.

Darma-Syrym era un anciano tan estimado de su tribu como temido de las otras. Sin embargo, asi que espiró se despacharon mensajeros á los cuatro vientos á anunciar la fatal nueva. Montando caballos escogidos que corren todo cuanto pueden, apenas llegan á un *aul* los mensajeros, parten otros con igual celeridad á transmitir mas lejos la noticia, noticia que cunde asi en algunas horas por una comarca de 100 leguas.

Los sultanes, los jefes, los ancianos de las tribus montaron inmediatamente á caballo para asistir á la funesta cita. Antes de anochecer habian llegado ya una multitud de ellos. Una lanza adornada con una bandera negra, se alzaba encima de la puerta del *aul*, donde yacia de cuerpo presente el sultan, vestido con su traje de gala. A su cabecera estaba su asiento de ceremonia emblema de su dignidad, y los jaeces de sus caballos, sus armas y vestidos á uno y otro lado. Grandes cortinas de seda de China caian á grandes pliegues de lo alto de la tienda y las mujeres y las hijas del finado, como tambien las de la tribu, arrodilladas y vueltas hácia el cadáver, cantaban un himno mortuorio balanceando el cuerpo de adelante atrás y de atrás adelante. Los hombres, entrando por grupos se arrodillaban tambien y aumentaban la armonía del coro fúnebre con toda la potencia de sus profundas voces. No habia allí gritos, ni lamentos, ni arrancarse los cabellos, como es costumbre en los duelos de otros pueblos salvajes. Aquello era una especie de oficio religioso.

Al mismo tiempo tenia lugar detrás de la tienda otra parte del ceremonial requerido. Allí se degollaban diez caballos y cien carneros *para la fiesta fúnebre* y el fuego ardía debajo de enormes ollas de hierro en que se inclinaban para sus operaciones, guisanderos desnudos hasta la cintura, armados de cucharones de palo y ensangrentados de manos y brazos.

Por donde quiera que la llama de aquellos hogares se proyectaba al través del *aul*, ponía de manifiesto aparatos de arte culinario y de muerte. Al lado de las formas negras de los guisanderos, veíanse los matadores con el brazo levantado ó los caballos encabritándose y relinchando de dolor al caer heridos por el cuchillo mortal. A veces quedaba todo casi á oscuras; despues, disipándose el humo al viento, aparecian otra vez los sacrificadores, como los demonios en su rito infernal. Escena salvaje, cuyo horror aumentaban los fúnebres cantos que salían de la casa mortuoria.

Despues vino el banquete, pero como no difería de los que ya he descrito, sino en el mayor número de los convidados, no hay para qué repetirlo.

Diré, sí, que la fiesta duró siete dias, porque á

cada instante llegaban nuevos sultanes, nuevos guerreros nómadas. Yo calculo que el número total de los asistentes no bajaría de dos mil. El octavo dia fue sepultado Darma-Syrym, para lo cual se despojó el cadáver de su traje de ceremonia y vestido con otro se condujo en un camello á la sepultura. El asiento de ceremonia ó trono del sultan, seguía al cadáver en otro camello; despues iban sus dos caballos favoritos, luego sus mujeres, sus hijas y las mujeres de la tribu cantando el himno de los muertos en coro con los *mullas* y guerreros, cuya voz varonil retumbaba á gran distancia.

Ya en el lugar del sepulcro, pusieron el cuerpo en tierra y los *mullas* recitaron sus oraciones, alternadas con recuerdos de las hazañas del muerto. En seguida se inmolaron los dos caballos que fueron enterrados á uno y otro lado de su amo, volviendo todos al *aul* donde se preparaba otro banquete fúnebre. Cien caballos y mil carneros fueron aun degollados en honor del muerto.

De vuelta del entierro, las mujeres continuaron en la tienda por espacio de una hora cantando el himno mortuorio en frente de las armas y arneses de Darma-Syrym. Te-

TOMO III.



Garganta del Kopal.

da la familia se reunió en seguida delante de la vivienda para recibir lo que nosotros llamaríamos en Europa, *el pésame* de los sultanes y jefes que fueron á honrar la memoria del difunto.

Estas ceremonias se prolongaron aun por muchos dias mas; despues fueron volviendo todos á sus *yurtas*. Pero la tribu de Darma-Syrym, consagrada al duelo por largo tiempo, debía cantar el himno mortuorio todos los dias al salir y ponerse el sol por espacio de un año.

Los sultanes de la estepa. — De los montes Syan-Shans á los montes Atalans.

El *aul* del sultan Sabeck, estremidad Suroeste de mis escursiones al Gobi, distaba solo dos jornadas de la ciudad china Barkul ó Tchín-si, que mi huésped me invitó á visitar aplicando á esta importante ciudad la objecion de la zorra de la fábula hablando de la cueva del león:

«Veo muy bien cómo se entra, pero no cómo se sale.»

En su consecuencia, me debí limitar á aproximarme á ella y á hacer alrededor de sus murallas una especie de reconocimiento solo para bosquejar su plano. Sus casas construidas en la pendiente de una colina, contrafuerte avanzado de los Montes Celestes, son pequeñas y

bajas como las de todas las ciudades chinas, y poco notables en general bajo el punto de vista arquitectónico.

A la sazón se elevaba á nuestra espalda un sol espléndido, pero sus rayos no bañaban aun las nevadas cimas que teníamos á la vista en el horizonte. A la vez que caminaba iba contemplando el cielo y muy pronto ví el primer rayo de luz hacer resplandecer los hielos y nieves de Bogda-Oola que uno de los hombres de nuestra escolta me indicara. La cresta de la montaña fue de repente coronada por una rojiza llama que se trasformó gradualmente en un océano de oro y acabó por tomar la brillante blancura de la plata. El sol se detuvo algunos momentos en aquella cima que dominaba todas las otras, antes de derramar su luz sobre los picos de menor altura. Algunos segundos después los inundó, y muy luego toda la cadena era una masa deslumbradora que se destacaba en el fondo de una profunda oscuridad. Hay algo de maravillosamente grande en esos efectos de luz que revisten de mágicos tonos y cambiante esplendor aquellos prodigiosos macizos de montañas. Después de haber dado un instante á la contemplación, hice la enumeración de mi tropa, que se componía de veinte y cinco hombres y cuarenta y cinco caballos. Cuatro de los hombres del sultán llevaban largas lanzas y hachas de armas, los otros solo llevaban hachas: sus trajes de piel de caballo, con adornos de flotantes crines y sus cascos colocados sobre sus gorros, les daba una apariencia completamente salvaje. El kirghis que Sabeck me dió por guía al través del desierto, era hombre de unos cuarenta años, de fuerzas atléticas y expresión inteligente y benévola. El era el que acompañaba siempre al sultán en sus viajes, conociendo todos los caminos, cualquiera que fuese la dirección: así que, gracias á sus servicios, pude yo sin embarazo ni contratiempo trazar un largo itinerario á toda la extensión de la pendiente Noreste de los Syan-Shan y atravesar el desierto que se estiende entre la base setentrional del Bogda-Oola y la conca del Kesil-Back-noor.

En este trayecto volví á ver á mis antiguos conocidos Oni-Yas y Baspasihan que habian venido con sus ganados á establecer sus cuarteles de otoño y estreché los lazos de la hospitalidad con un gran número de reyes pastores. Debo citar entre otros al sultán Yamantuck, uno de los hombres mas inteligentes que encontré en el desierto. En el retrato que de él hice, lo pinté entre su hija, muy bella muestra de aquel tipo kirghis, muy apreciado, dicen, entre los griegos del Bajo Imperio, y su hijo hablándole de rodillas segun de aquellas regiones. No debo omitir tampoco al sultán Beck el mas rico y poderoso de los kirghis de la gran horda; ni al sultán Bulania, que habiendo viajado hasta Omsk y Jobolsk, pasaba por

el hombre mas sabio de su raza; ni finalmente al sultán Suck que mas cercano á los rusos y á los pastos de la horda media, tiene otra especie de reputación. No puede hallarse mayor ladrón en toda la estepa; pero como ya tenia ochenta años, no podia asistir á las *barantas* si bien las proyectaba siempre.

Hallándome yo en su *aul*, fueron algunos kirghis de la horda media á rogarnos que intervinieramos con el sultán para que les devolviera sus mujeres y sus hijos robados por sus bandoleros; pero el indigno viejo se escusó diciendo que aquello hacia parte de su botín. Recibía una pensión del emperador de Rusia y así asolaba al país y engañaba al emperador. En una de sus expediciones de merodeo, perdió la nariz de un hachazo quedando desde entonces deforme; y cuando hice su retrato me rogó que corrigiera en la copia el defecto original, á fin de que el emperador no sospechara de sus costumbres. Para retratarse quiso ostentar sobre su traje de púrpura una medalla de oro y un sable que le habia enviado Alejandro I y del cual estaba el ladrón muy orgulloso.

Este zorro viejo fue del número de los que nos visitaron la primavera siguiente en Kopal, nuestra estación de invierno, donde nos nació un hijo, á quien bautizamos con el nombre de *Alatan* en memoria de las altas cimas que coronaban nuestro horizonte. Aquel acontecimiento nos trajo muchas visitas «y entre las mas frecuentes, dice madama Atkinson, hay que contar al sultán Suck. Con frecuencia venia á pasar con nosotros una hora, siendo una de sus mayores distracciones un espejo de viaje. Entraba en mi dormitorio donde estaba el espejo colgado y estaba mirándose una hora ó mas y haciendo toda clase de visitas daba grandes carcajadas: probablemente no se habia visto la cara anteriormente. Procuró, aunque en vano, hacer que se lo regalara; después me pidió unas tijeras, que entregó á su armero para que le hiciera otras iguales y que serian seguramente las primeras fabricadas en la estepa. Suck se las remitió al gobernador de Kopal quien prometió entregármelas; pero sabiendo que nosotros las mirábamos como un objeto de curiosidad, retractó, en mi sentir, su promesa, porque yo no las volví á ver jamás. Otro objeto de atracción para el anciano, era el niño, á quien de cerca y de lejos vinieron á ver muchos kirghis. Un sultán, entre otros, le envió un carnero asado cuando apenas tenia seis semanas.

Nuestro intérprete introducía á cuantos llegaban en nuestra habitación. En la ocasión marchaba con visible gravedad, invitaba á sentarse á la persona que fuera y le ofrecía á Mr. Atkinson su flauta, rogándole con un tono que tenia algo de mando, que tocara un poco. Sin duda creía hacerle un gran servicio dando á conocer su talento.

Las visitas examinaban todos los objetos que habia

presentes. Un sultán se admiró de tal modo al ver unos guantes de Mr. Atkinson, que salió á mostrárselos á sus servidores. Cuando volvió, como por usados no le servian ya á mi esposo, le hice comprender que podia guardarlos para sí. Entonces volvió á salir y volvió á entrar otra vez acompañado de Yarolae, el intérprete, que me dijo por él, que si queria hacer un regalo al jefe, éste preferia una servilleta. Por satisfacerlo, le di una y recibí los guantes, con intención de obsequiar á otro; pero habiendo salido de mi aposento un instante, cuando volví no encontré ya los guantes ni al sultán.»

Un puesto militar chino de las fronteras.

Aun hemos de tomar del diario de Mad. Atkinson la relación de una tentativa que hicimos juntos de penetrar en una ciudad china, situada en la frontera, no lejos del Ala-Kool, entre los montes Barluk y Tarbagatais.

«... El 9 de agosto llegamos á un puesto militar chino, situado en Chubachac. Nuestro intérprete se oponía á nuestra intención porque un *tatar* le habia dicho que nos harian prisioneros los chinos. Yo me reí de su cobardía, y cuando él vió que estábamos resueltos á correr la aventura, pretestó una indisposición, se puso en el sitio de Columbus, nuestro palafrenero, cerca de los camellos y en vez de conducirlos desapareció por detrás de ellos en cuanto pisamos el suelo chino. Al llegar al puesto, pudimos distinguir los campanarios de la ciudad y pedimos á los oficiales permiso para ir á ella. Era cerca del medio día cuando llegamos y vimos por la primera vez positivamente chinos: sus trajes no nos podian engañar: el calzado que usaban era de raso negro con tacones altos y gruesas suelas, sus vestidos me agradaron sobremanera y eran en verdad muy bellos; los de los señores eran de seda, los de los criados, de algodón. —Entonces comenzaron las ceremonias. Un criado corrió delante para anunciar nuestra llegada, haciendo mil gestos para invitarnos á permanecer. Muy en breve volvió y nos introdujo en un patio donde el oficial superior jugaba con un anasar, y que abandonando al punto su importante ocupación, nos recibió muy cortesmente. Yo me admiré, no sin razón, de su descomunal estatura: Mr. Atkinson parecia pequeño á su lado. Era derecho y seco como un junco y de color de cuero tostado. Nos invitó á entrar en su pabellón, desprovisto de muebles, y nos hizo sentar en una plataforma que le servia de lecho. El aposento se llenó al instante de curiosos que deseaban saber quiénes éramos.

El oficial quiso conocer el motivo de nuestra entrada en China; á lo que contestó Mr. Atkinson que estando cerca de Chubachac, deseaba simplemente

ofrecer sus respetos al gobernador y visitar la ciudad. El oficial replicó que acampáramos allí, pues iba á enviar un despacho al gobernador y tendríamos su contestación aquella misma tarde.

Cuando nos instalamos en nuestra *jurta*, nuestro huésped fue con su intérprete y su secretario á tomar té con nosotros. Todo lo miraban con interés, examinándolo minuciosamente y diciendo que yo, entre todas aquellas cosas, era la mas extraordinaria. Nos dijeron también que estaban en aquel puesto por tres años y que aun les restaba un año para reunirse con sus familias, quejándose amargamente de estar separados de sus mujeres.

La mañana siguiente dos oficiales y tres soldados fueron á nuestra *jurta*. Como no llevaban intérprete nos fue difícil entendernos, pero bien mostraban el placer que tenían de ver extranjeros. Nosotros los invitamos á tomar té y ellos aceptaron, pero antes de servirlo, me estrecharon cordialmente la mano, nos dijeron algunas palabras y partieron al galope. Al parecer vinieron de otro puesto á tomar informes sobre nosotros. Todos eran altísimos: en mi sentir debieron ser escogidos así expreso, para vigilar los caminos por encima de las cañas. Los soldados á la espalda arcos y flechas, uno de ellos manejaba una larga lanza, y todos montaban bien á caballo apoyándose como los kirghis en estribos muy cortos.

Saliendo de la *jurta*, comprendimos la causa de aquella tan precipitada partida. Los soldados habian visto oficiales superiores con su séquito por el camino de Chubachac. Nuestro primer amigo nos enviaba á decir que venian ya.

Al cabo de dos horas vino él mismo á anunciarnos la llegada de tres oficiales, que tendrian, segun dijo, mucho gusto en vernos. Yo me puse mi sombrero y confíe mi niño á los cuidados de Columbus hasta mi regreso. El pobre hombre, asustado de nuestra determinación de salir tan humildemente queria disponer que se ensillaran caballos; y cuando oyó decir que íbamos á dejar á nuestro Alató, su disgusto creció de punto y tuvo que arreglar al niño y encargarlo á Columbus para que lo llevara. Al llegar al puesto encontramos una compañía de soldados que se abrieron para dejarnos pasar hasta los oficiales. Yo tomé el brazo de mi esposo, seguida de Columbus, que llevaba al niño y precedida de nuestra intérprete Jorge. Los chinos estaban sentados con las piernas cruzadas sobre un tapiz extendido á la sombra de un grupo de árboles. En aquel sitio se gozaba una frescura deliciosa: á la derecha se veía un sepulcro algo distante; á la izquierda fluía un arroyuelo. Los oficiales se levantaron y nos estrecharon la mano de la manera mas atenta; después de habernos sentado nos obsequiaron con té y dulces. Un kaldí ó oficial superior tomó á Alató dándole cariñosos besos y des

pues de pasar por los brazos de otros muchos, el niño vino á las manos del kaldí de el medio, que le instaló delante de una mesita.

Empezamos luego á hablar y la conversacion recayó sobre nuestra visita. Mr. Atkinson repitió su demanda, y ellos nos sometieron á un largo interrogatorio, juzgando que nuestro viaje tendria algun fin secreto. Añadieron que nosotros éramos los primeros ingleses que se habian presentado en aquella parte de la China y que el gobernador no podia permitirnos entrar en la ciudad, sino despues de obtener la venia del emperador; pero que si queriamos esperarnos allí, despacharian luego un correo para saber si podiamos ser admitidos, en cuyo caso harian todo lo posible por hacernos agradable la permanencia. Mi esposo no aceptó la proposicion.

Despues de un rato de conversacion, pregunté si podria yo sola entrar en la ciudad, á donde hubiera partido al instante si me lo hubieran permitido. El kaldí se sonrió y me preguntó qué era lo que espera encontrar allí.

—Ver simplemente la ciudad y sus habitantes, le respondí. No habiendo nunca estado en China, todas las cosas tendrán para mí grande interés.

—No hay allí mas que nuestras mujeres é hijas, y la ciudad es de suyo miserable. Sin embargo, yo os llevaria ahora mismo con mucho gusto para que mi mujer viera en vos la mayor curiosidad del mundo; pero si hiciera lo que nuestras leyes me prohiben, pagaria con la cabeza mi temeridad.

Y esto diciendo, señaló gráficamente su cuello. Despues dijo á Mr. Atkinson que si se vestia de *tatar* y se rasuraba la cabeza, podria entrar como mercader, y que esto era lo mas prudente. Pero mi esposo no se avino á esta mistificacion, no queriendo visitar la ciudad sino en su calidad de inglés.

Nuestra comunicacion era naturalmente muy limitada, porque de cinco que éramos, cuatro hablábamos en lenguas diferentes. Jorge estaba á nuestro lado; pero por parte de los oficiales, la conversacion era muy interesante. El *tatar* que traducia en chino estaba al lado de ellos, y despues de recibir una comunicacion de nuestra parte, volvia hácia sus superiores, hincaba en tierra una rodilla y traducia; despues se volvia á levantar y cruzándose de brazos nos hablaba á nosotros con la cabeza baja, y asi seguia arrodillándose y levantándose sin cesar.

Finalmente, nos invitaron á comer, obsequio que aceptamos con gusto, no habiendo nada mejor que hacer. Los chinos extrañaron al parecer nuestra franqueza y nos pidieron mil perdones por la sobriedad de su mesa. La comida consistia en arroz y carne: la sopa se sirvió al final, y despues el té y los dulces. Procuraron hacernos comer con sus palillos, escitando la hilaridad de todos nuestro manejo. Jorge fue á casa

por cubiertos, lo que encantó á nuestros huéspedes. El kaldí nos refirió, que habia estado una vez en Canton y habia visto ingleses y algunas de sus costumbres.

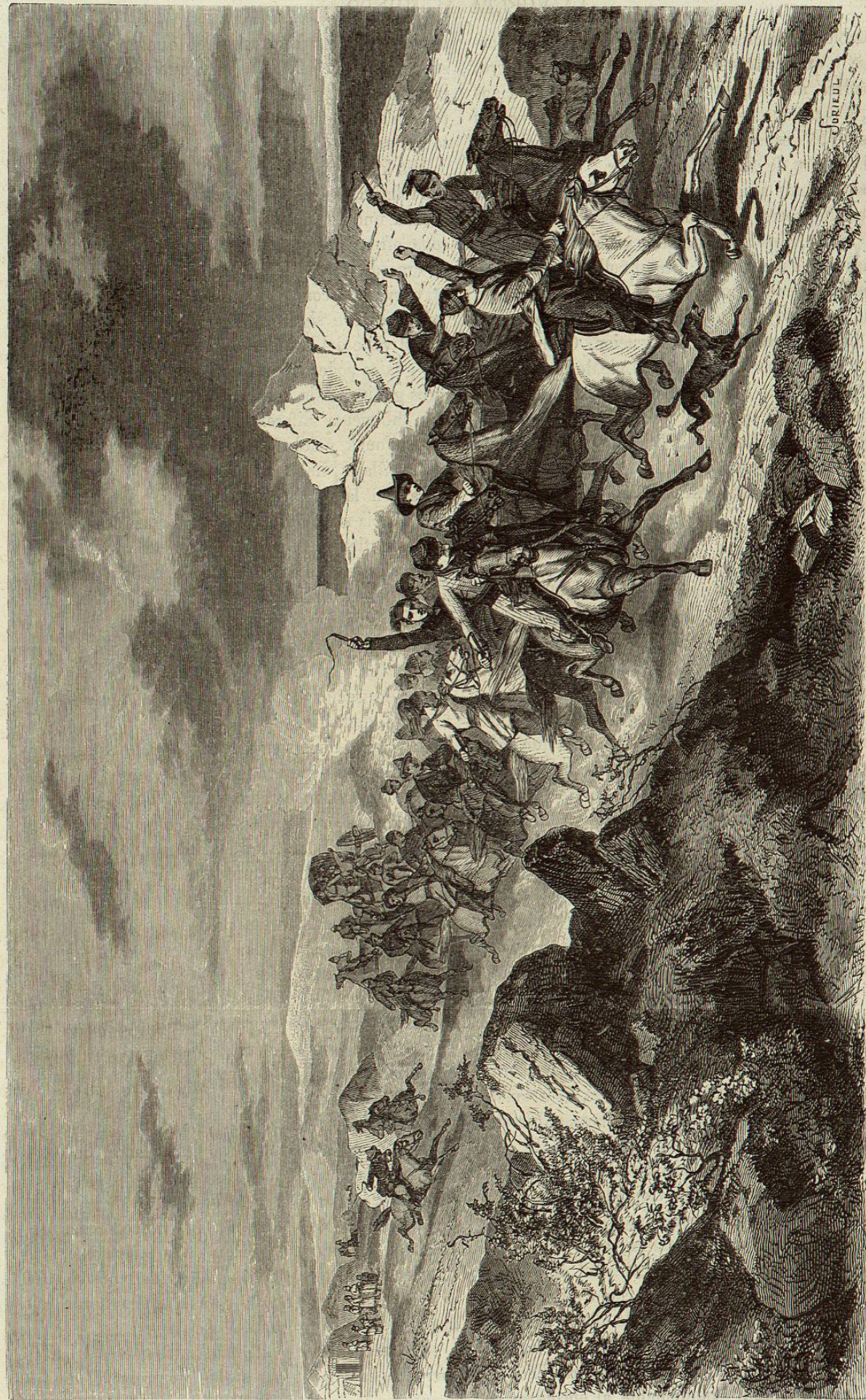
Despues de la comida nos despedimos de los chinos, deseando partir el dia siguiente. Alató recibió mil abrazos y besos de todos los soldados y puedo decir que el niño se divirtió grandemente.»

Travesia de los montes Alatos.

Para volver de Chubachac á Kopal teniamos que atravesar todo el macizo del Alató que cae casi á pico por la parte del Sur y por cuya pendiente setentrional corren once vertientes tributarios del gran lago Tenghiz. Nosotros tomamos uno de los pasos que en aquellas montañas, siguen los kirghis para sus emigraciones del otoño. No se puede subir ni en verano ni en primavera y en el invierno está de tal modo embarazado de nieve, que seria una locura intentarlo siquiera. El *aul* mas próximo de este paraje se halla á muchos centenares de *verstas*: asi que aquellos salvajes y grandiosos paisajes están vedados al hombre. El tigre vive allí pacíficamente en su guarida, el oso en su madriguera, y los animales montaraces vagan en el bosque sin ser inquietados por nadie.

En el momento de ir á acampar nosotros por la noche á la entrada de aquella garganta, las densas nubes que cubrian la montaña se disiparon permitiéndome ver el Actu en direccion del Ili: sus nevados picos parecian rubies al ponerse el sol, mientras que por encima de ellos todo el cielo estaba teñido de púrpura y amenazado por las sombras de la noche.

Delante de mí estaba mi *yurta*, donde los kirghis hacian un guiso de carnero, mientras que los caballos y camellos pacian ó se echaban en el prado. A pesar de mi cansancio, no pude resistir al deseo de trasladar al papel aquella rústica escena, que quedará siempre grabada en mi memoria lo mismo que la bella vista del sol Poniente en la estepa. Al Sur de la meseta se destacan los pintorescos y grandiosos picos del Alató, muchos de ellos cubiertos de nieves perpétuas, mientras que la planicie está alfombrada de bella yerba, á cuyos pastos acuden los ganados de los kirghis, que todos los años trasladan aquí sus tiendas por espacio de dos ó tres semanas. Allí encontré muchos sepulcros, uno de ellos de 100 pies de diámetro por 40 de altura, y rodeado de un foso de 12 pies de latitud por 6 de profundidad. Despues de examinar aquella gran obra, juzgué que mas bien habria sido un fuerte que un sepulcro. A la izquierda del foso hay cuatro enormes piedras de forma circular, que en mi sentir eran los altares en que se sacrificaban las víctimas á los manes de los muertos. Pero ¿quién las levantó? ¿Y cómo se trajeron á aquel sitio? Nadie sabia decirlo. Los kirghis ingieren una tradicion. Las piedras, dicen, son el monumento de



Posa entre los kirghis.